

---

## ***Consumer Ethics in a Global Economy: How Buying Here Causes Injustice There***

Daniel K. Finn

Washington D. C. – Georgetown University Press, 2019

ISBN: 9781626166974

---

Luego de muchas publicaciones en la misma línea –como *The True Wealth of Nations* (2010), *The Moral Dynamics of Economic Life* (2012) o *Distant Markets, Distant Harms* (2014)–, el economista y teólogo estadounidense Daniel K. Finn nos ofrece esta vez una obra en la que profundiza y precisa los fundamentos epistemológicos de sus posturas expuestas en sus textos anteriores. En efecto, el problema central que plantea en este libro es básicamente el mismo que había presentado, junto a otros autores, en *Distant Markets*, es decir, la cuestión de las injusticias potenciales que podrían causar las decisiones de un consumidor de un país industrializado en un distante país subdesarrollado.

Toda la Parte I del libro está dedicada a intentar demostrar la tesis de que existe, especialmente en los Estados Unidos, una renuencia por parte de un importante sector de la población a pensar o a aceptar algún tipo de responsabilidad moral sobre las consecuencias que las acciones individuales de alguien en un mercado local puedan tener sobre la vida de personas en lugares remotos. Los orígenes de esta actitud los observa el autor en una mentalidad individualista que se nutriría de dos fuentes fundamentales. Por un lado, de los prejuicios culturales típicos de la sociedad estadounidense, en la que fenómenos como el dominio mundial del inglés o el predominio de un determinado tipo de voto electoral son vistos como resultado de un estado natural de las cosas, cuando en realidad obedecerían, en buena medida, a una deformación producto de causas sociales estructurales. Por otro lado, dicho individualismo también se alimentaría, según Finn, de las ideas de la ciencia económica convencional dominante.

Dentro de esta última Finn identifica especialmente las tesis utilitaristas, individualistas, empiristas y “value-free” (libres de valoraciones morales) contenidas en la concepción deductiva de la economía –presentadas por primera vez de modo sistemático por John Stuart Mill y continuadas luego por los economistas neoclásicos del siglo XIX (como Jevons) o del siglo XX (como Robbins, Samuelson o Friedman)– como las bases epistemológicas que han facilitado a muchos evitar hacerse preguntas acerca de las consecuencias éticas de las acciones individuales en el ámbito de la economía. Por lo demás, posturas como las de los actuales modelos filosóficos de la “conexión social” de Iris Marion Young

u Onora O'Neill o el de la "intención participativa" de Christopher Kutz, que toman en cuenta la dimensión estructural de la economía, terminan cayendo, según Finn, en el extremo opuesto de ignorar el papel crucial de las acciones individuales. En tal sentido, yendo también más allá de lo que denomina la "ética tradicional" que considera insuficiente (por haber sido elaborada en tiempos pre-modernos en los que no existían las estructuras sociales como el mercado en su desarrollo actual), Finn apela a la teoría sobre la que se apoyará el argumento central del resto del libro: el realismo crítico de Roy Bhaskar.

En efecto, la Parte II está dedicada a explicar el realismo crítico de Roy Bhaskar, un filósofo de la ciencia británico que en las últimas décadas tuvo una importante influencia en el debate de las ciencias sociales, incluida la economía. Una discípula de Bhaskar (además de ex alumna de Pierre Bourdieu y ex presidenta de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales), la socióloga Margaret Archer, parece haber influido de manera decisiva en la adhesión de Finn al realismo crítico. De acuerdo a esta teoría, señala Finn, las explicaciones utilitaristas e individualistas del funcionamiento de la sociedad que ofrecen en general las ciencias sociales actuales, elaboradas a partir del modelo de las ciencias naturales, tienen el defecto de reducir la causalidad de los fenómenos a la ley o regularidad de una serie de eventos empíricamente verificables. Por el contrario, de acuerdo a Bhaskar, dichos eventos –en base a los cuales las ciencias naturales y sociales construyen sus leyes– son en realidad el estrato más superficial bajo el cual subyacen mecanismos o estructuras, no empíricamente verificables (Bhaskar los llama "trans-factuales"), pero que son las verdaderas causas de los fenómenos. En tal sentido, las ciencias sociales empiristas –entre las que hay que incluir a la economía convencional– practican, según Finn, un reduccionismo de la causalidad a la ley y con ello caen en diversas falacias epistémicas. La más común –al menos en la economía– consistiría en atribuir la causalidad de los fenómenos sociales exclusivamente a los individuos, cuando en realidad estos serían solo la parte más empíricamente visible o "emergente" de una realidad subyacente, mucho más compleja y estratificada, de las "estructuras sociales". Estas últimas son definidas por el realismo crítico como "cosas transfactuales ontológicamente reales" que existen a un más "alto" nivel que los individuos y los grupos de personas (p.57). "Más generalmente –afirma Finn siguiendo a Bhaskar– el mundo está estratificado por, por ejemplo, lo existente biológicamente por encima de lo químico, lo consciente por encima de lo biológico y lo social por encima de la persona individual" (p.58).

En tal sentido, recogiendo la preocupación cristiana por el problema de las "estructuras de pecado" –expresada reiteradamente en los documentos sociales de la Iglesia– y buscando superar las concepciones sociológicas individualistas (como las de Max Weber o Anthony Giddens) y colectivistas (como las de Comte o

Durkheim), Finn adhiere al realismo crítico de Bhaskar y Archer para dar cuenta de las estructuras sociales. Estas últimas, surgidas a partir de las acciones e interacciones entre los individuos, van más allá de las intenciones de estos, e implican, de acuerdo a Finn, un sistema de relaciones entre posiciones sociales que preceden y permanecen aún después de la muerte o el reemplazo de los individuos. De este modo, las estructuras sociales tienen un importante impacto causal por medio de sus restricciones, oportunidades e incentivos buenos o malos sobre la conducta individual. No obstante, a pesar de su permanencia y capacidad de reproducción, las estructuras sociales no determinan completamente la conducta: siempre hay un margen de libertad individual a partir del cual pueden cambiar.

A esta descripción de las estructuras sociales brindada por el realismo crítico, Finn le suma la visión de las mismas ofrecida por Thomas Wartenberg quien pone el énfasis en un factor crucial: el poder. Considerado muchas veces solo desde su lado negativo, el poder es en realidad, según Wartenberg, un elemento concomitante e indispensable de las relaciones sociales. De acuerdo a Finn, la concepción de Wartenberg, que enfatiza el valor coercitivo, animador e incluso constitutivo del poder desde un punto de vista moral dentro del sistema social, es complementario al punto de vista del realismo crítico. Ambas perspectivas son así puestas en juego por Finn para llegar a su objetivo central: un análisis del mercado como estructura social y como estructura de poder. En clara oposición a la visión del mercado de la economía convencional que lo ve regido casi únicamente por las señales dadas por los precios, Finn lo analiza como una cadena de relaciones entre posiciones sociales que conforman una estructura social y de poder con un impacto causal algunas veces bueno y otras veces malo sobre las decisiones éticas individuales.

La tercera y última Parte del libro está dedicada a mostrar las implicancias que estas premisas epistemológicas tendrían sobre la doctrina y la ética social cristiana, tanto desde el punto de vista teórico como práctico. En efecto, de acuerdo a Finn, la teoría sociológica del realismo crítico ofrecería al pensamiento social cristiano las herramientas conceptuales para identificar con mucha más claridad las estructuras de pecado descritas solo de modo genérico por los documentos eclesiales de la doctrina social católica. Un ejemplo posible de su aplicación, sería el de la revisión de la tesis de las instituciones inclusivas y extractivas, descritas en la conocida obra *Why Nations Fail* de Daron Acemoglu y James A. Robinson. En opinión de Finn, este último planteo da en el blanco al señalar la dimensión estructural-institucional del problema económico, yendo más allá de los análisis de mercado de la economía convencional. No obstante, se trata de una explicación todavía incompleta debido a su falta de comprensión del verdadero alcance de las estructuras sociales. Por esta razón, Acemoglu y Robinson no terminarían de

comprender, según Finn, el impacto negativo de las instituciones extractivas, limitándolo a los países subdesarrollados sin considerar que también hacen sentir su influjo en las economías de los países desarrollados.

Por lo demás, Finn intenta mostrar cómo el realismo crítico permite también detectar estructuras causales más específicas que posibilitan ir mucho más allá de las acusaciones genéricas a “los mercados capitalistas” de los izquierdistas y liberacionistas y a la “corrupción gubernamental” de los conservadores y neoconservadores. Asimismo, el punto de vista del realismo crítico posibilitaría, según Finn, superar también la tendencia a reducir el problema ético de la economía a la virtud y el vicio personales que se trasluce, de acuerdo a nuestro autor, en algunos textos del magisterio eclesial. Si bien la virtud y el vicio individuales –al igual que las relaciones interpersonales de confianza y reciprocidad– son elementos influyentes de la causalidad ética, deben ser complementados, en opinión de Finn, por el análisis de las posibilidades de las estructuras institucionales coercitivas éticamente positivas tanto dentro como fuera del mercado. Tomando en cuenta estas últimas, Finn propone, finalmente, toda una serie de acciones, entre las que incluye nuevos modos de consumo (como el comercio justo o la compra en compañías responsables) y la acción conjunta de las organizaciones de la sociedad civil y otras acciones políticas estatales, que apunten a presionar positivamente a los ejecutivos y empresarios y otros agentes del mercado para realizar cambios estructurales en sus prácticas corporativas.

La lectura del libro de Finn produce en todo momento la sensación placentera de estar tratando con un autor serio, que ha elaborado con gran cuidado todos sus argumentos, fundándolos en un conocimiento sólido de las principales preguntas, autores y teorías en juego. Desde el principio es posible reconocer también la relevancia y legitimidad de las múltiples motivaciones del autor para escribir el libro: el problema ético de la despersonalización y desvinculación territorial de los mercados en la economía global, la falta de elementos conceptuales en la economía convencional para abordar cuestiones éticas y, desde el punto de vista del pensador cristiano (recordemos de nuevo que Finn es teólogo, además de economista), la necesidad de dar cuenta de las denuncias proféticas que siempre ha realizado la Iglesia en relación a las injusticias éticas de la economía capitalista, sin caer en las exageraciones estructuralistas de algunas corrientes liberacionistas o en los reduccionismos espiritualistas de algunas posturas conservadoras.

Si bien la crítica al *mainstream* neoclásico, que contiene la Parte I del texto, ha sido frecuentemente abordada por numerosos autores, no parece estar de más recordarla en relación al tema específico que aborda el libro. Pero seguramente su

originalidad central no radica en ello, sino en la propuesta que realiza Finn de utilizar la teoría del realismo crítico de Roy Bhaskar como una nueva base epistemológica para abordar tanto esta como otras cuestiones éticas de la economía. No obstante, la adopción del realismo crítico como nueva base de la economía no es un punto de vista original de Finn. Quien lo ha desarrollado de modo sistemático en las últimas décadas ha sido el británico Tony Lawson, otro discípulo de Bhaskar a quien Finn en este texto extrañamente no menciona en ningún momento, lo cual podría quizás objetársele como crítica. De hecho, la inclusión del planteo de Lawson habría sido útil para verificar, no solo la originalidad del libro, sino también las posibles –y creo yo muy probables diferencias (en temas como la libertad, la dignidad de la persona y otras)– que una visión “teológicamente inspirada” como la de Finn seguramente tendría con el punto de vista mucho más secular de Lawson.

Por lo demás, la cuestión central para discutir del libro de Finn no es su impecablemente didáctica presentación del realismo crítico de Bhaskar, sino la aplicación de esa teoría para el análisis tanto científico como ético de la economía. Las preguntas que surgen al respecto son muchas. Si bien la crítica del realismo crítico a los excesos del individualismo metodológico y del empirismo deductivo que caracteriza a la ciencia económica convencional parece más que razonable, el problema radica más bien, como siempre, en la explicación de la economía que esta teoría sociológica presenta como alternativa. El punto crucial es sin duda el de la naturaleza de esas entidades misteriosas –las estructuras sociales– que Bhaskar y sus discípulos presentan como realidades “ontológicas” pero “transfactuales” y, por tanto, inverificables empíricamente a las que atribuyen un impacto causal que superaría el de las acciones de los individuos sin aparentemente suprimirlas. No se trataría, aparentemente, de un tipo de entidades que tradicionalmente llamaríamos “metafísicas”, como cuando en la filosofía aristotélica o tomista se habla de la sociedad o de la universidad como entidades o unidades de orden accidental que dependen de las sustancias, es decir, de las personas que las forman, para existir. Tampoco parece tratarse de unas estructuras trascendentales, al estilo kantiano, o puramente relacionales, al modo hegeliano, en las cuales no sería posible admitir seres o sustancias subsistentes en sí mismas –como las personas– más allá de las relaciones. Esas preguntas filosóficas tal vez no sean necesarias dentro del marco de la teoría de Bhaskar, pero parecen imprescindibles desde el pensamiento social cristiano que necesita alimentarse no solo de sociología, sino también de filosofía y teología. Las consecuencias que trae una u otra respuesta a estas preguntas no son de poca monta: es la realidad y consistencia de la persona, el concepto central del pensamiento social cristiano, la que está en juego.

De hecho, al analizar algunas de las explicaciones del pensamiento de Bhaskar que realiza Finn, se pueden reconocer enseguida estos problemas. Por ejemplo, cuando afirma, a mi juicio erróneamente, que “lo social” está “por encima” de “la persona individual”, de un modo análogo al que “lo existente biológicamente” está “por encima” de lo químico y “lo consciente por encima de lo biológico” (p.58). En realidad, la analogía parece más bien ocurrir al revés: son los estructuralismos que ponen a las estructuras sociales “por encima” de la persona individual los que se asemejan mucho a los materialismos que ponen a las estructuras químicas o biológicas “por encima” de la conciencia personal individual. Es cierto que tanto Archer como Finn –como pensadores católicos– afirman constantemente la importancia de la libertad individual. Pero, ¿es posible mantener esta tesis dentro del estructuralismo de Bhaskar? ¿O habría que hablar, más bien, como parece hacerlo Tony Lawson, de un concepto *estructural* de libertad, el cual ya no es tan fácil de identificar con la libertad de un individuo verdaderamente personal como el que sostiene el pensamiento social cristiano?

Esta debilidad filosófica siembra una duda sobre los demás argumentos que Finn utiliza para aplicar la teoría de Bhaskar al análisis ético de la economía. Si los mercados son en realidad “estructuras sociales”, es decir, en la visión Bhaskariana, entidades que están “por encima de la persona” y, por tanto, causas tanto o más influyentes que las acciones libres de los individuos, ¿no debilita esto en lugar de fortalecer las posibilidades de la ética en el mercado ya que la fuerza de las estructuras des-responsabilizarían más que responsabilizarían éticamente al individuo? Y, al mismo tiempo, si es necesario un refuerzo tan grande de otras estructuras sociales (como los sistemas de presión civil o política sobre las empresas) para compensar el poder “estructural” de los mercados, ¿no se está en realidad reemplazando la ética por la lucha social o política como punto de partida para el mejoramiento de la economía? Ciertamente se podría argumentar que lo que propone el autor es evitar la reducción de la ética económica a la sola ética individual, cuando es necesaria también una ética social o política. Eso sería correcto, pero en la medida en que quedara claro que el cambio ético a nivel social no equivale al mero “cambio de estructuras” (a través de restricciones o incentivos provenientes de otras estructuras más poderosas), sino a una acción ética conjunta de personas individuales que, desde sus distintos puestos de responsabilidad en la sociedad, se sirven virtuosamente de medios instrumentales o materiales estructurales (como leyes sociales o formas más justas de organización empresarial), para alcanzar la justicia social y el bien común.

Cuando hablamos de ética siempre nos referimos al impacto causal de acciones individuales libres motivadas por una profunda toma de conciencia basada en valores –ya sea de los individuos que actúan solitariamente en el

mercado o de aquellos que tienen responsabilidades a un nivel social o político mucho más amplio como las de un empresario, un funcionario estatal o un presidente— y nunca de causalidades materiales o coercitivas puramente “estructurales”. Ciertamente hay instituciones, leyes y formas de organización más compatibles con la ética individual y social que otras. A algunas incluso las llamamos, utilizando una analogía, “instituciones justas” y a otras “instituciones injustas”, e incluso, algunas veces, intrínsecamente injustas. Pero, en realidad, es solo una analogía. Quien es justo o injusto, ético o antiético es únicamente el ser humano, nunca una estructura. De hecho, lo que las buenas instituciones contienen, en su diseño y contenido, son solo *potencialidades* justas, ya que ninguna de estas “estructuras” son por sí mismas completamente buenas y justas hasta concretarse y actualizarse el uso justo que puedan hacer de ellas las personas individuales en la práctica concreta. La bondad o maldad ética no proviene, así, en última instancia, de las estructuras, ni siquiera de las más “justas”, sino de las acciones humanas concretas justas que son solo las de los individuos.

La propuesta final de Finn de poner en juego, sin intervenir de manera directa en el sistema de precios, la acción conjunta de los consumidores y organizaciones de la sociedad civil, no tanto para dejar de comprar o boicotear los productos de aquellas empresas que no respeten los derechos de los trabajadores en países distantes, sino para presionarlas para que reformen sus estructuras laborales en la dirección del respeto de estos derechos, es una iniciativa loable. Pero ese camino, aunque legítimo, tiene más bien las características de una acción civil de grupos de presión que la de una verdadera transformación ética. En ese sentido, creo que falta en el libro de Finn una exploración de los modos en que podría desarrollarse en el actual contexto, una nueva cultura ética que comenzara a producir cambios endógenos en la estructura motivacional de los individuos, tanto en sus roles de consumidores como de ejecutivos dentro de las empresas. Llama la atención también, en ese sentido, la ausencia en el texto de un análisis de la influencia que podría tener sobre la ética de los agentes económicos un nuevo tipo de educación (especialmente en escuelas y facultades de negocios) que reemplazara a la actual, predominantemente positivista y utilitarista. Lo mismo podría decirse del silencio del libro acerca del papel éticamente transformador, sobre los agentes del mercado, de la espiritualidad, tanto cristiana como de otras religiones, vivida en un contexto eclesial o comunitario. Es cierto que toda ética o espiritualidad se queda en mero moralismo o espiritualismo si no va acompañada por un verdadero cambio en las acciones y en la forma concreta de vivir las “estructuras”, sea cual fuera nuestro marco epistemológico para interpretarlas. Pero tanto el cambio de las estructuras como de las acciones civiles o políticas orientadas a mejorarlas solo podrá producirse si se da previamente una transformación interior en las personas, es decir, en su ética.

Por lo demás, más allá de las críticas que puedan hacerse a algunas de las opciones intelectuales del autor en este libro, *Consumer Ethics in a Global Economy* es un texto interesante, agudo y muy bien fundamentado, que obliga sobre todo a pensar al lector, llevándolo también a tomar conciencia de la urgente necesidad de profundizar el estudio y la búsqueda de soluciones concretas para el problema ético de la economía.

*Carlos Hoevel*  
*carlos\_hoevel@uca.edu.ar*